

hija. Guardó silencio largo rato, cual si una lucha profunda y casi penosa se riñera bajo su pecho entre los varios consejos de su cariño paternal. Luego dijo, algo tristemente.

— Bien, veremos, hija mía. Te quiero lo bastante para hacerte más feliz que yo.



## EPÍLOGO

*Sat prata biberunt*, como dice el viejo Horacio.

*Le Temps*, 20 de noviembre de 1900.

De regreso á palacio aquella misma tarde, al cabo de una marcha muy penosa que duró cerca de una hora y cuarto, el Rey Pausole pasó tres días en silenciosas meditaciones.

Trifema, después de marchado el Rey, recobró su aspecto habitual. La joven premiada por el Sr Lebirbe siguió dando cada noche el recomendable ejemplo que le había valido las palmas. Mirabella, desesperada al saber que Pausole se había llevado á su hija, se fué no obstante, de noche, al monumento de Félicien Rops, en donde sabía que encontraría á Galatea. Ambas se unieron aquella noche hasta los últimos vértigos de la sensación,



y no sabían aún de qué amor fiel y tierno era el preludeo aquel largo abrazo.

Gilillo había recorrido á galope el camino, pues se adivinaba igualmente incapaz de ocultar á la blanca Alina los sentimientos nuevos que ella le inspiraba, y de expresar á la hermosa Diana los que ya ella no le inspiraba.

Durante los tres días en que el Rey, solo con su buena conciencia, agitó en él cuestiones de moral, Lina y su amigo el paje se vieron cada noche delante del Espejo de las Ninfas, siempre lleno de agua lunar y de obscura hojarasca.

— No está bien esto que hago, decía Lina pensando en Mirabella.

— Sí, puesto que ella nada sabe.

Y sabía hacerse perdonar todo lo que de abominable tenía esta palabra por cuanto absolutorio y consolador tenía.

En fin, Pausole, una mañana de sol en que la Reina Alberta acababa de recibir sus favores cortesés pero un tanto distraídos, salió de palacio con corona y pidió su mula Macaria.

Al mismo tiempo, hizo anunciar que todos los habitantes de la regia morada: Reinas, escuderos y camareras, ministros,

pajes y palafreneros, se reunieran en asamblea magna ante el cerezo de su justicia, con objeto de oír los discursos que tuviera á bien pronunciar.

Ya que se hubo sentado allí, envuelto en su manto rojo flotante, con el cetro y el globo de oro, dijo:

— Señoras, y ustedes, Señores, es duro el aplicar á su propia persona los principios que el sabio esparce como beneficios. Durante largo tiempo he creído que me sería permitido mantener la libertad sobre mi amado pueblo sin sentir yo mismo, en ciertos casos arduos, lo que de penoso tiene á veces esa libertad; cuando menos para el que la da. Parecíame que en un territorio en que hay quinientos mil hogares, podría yo, sin gran detrimento, exceptuar uno, uno solo, en donde se mantuviera viva cierta autoridad. Era muy natural que el tal hogar fuese el mío, y que el dispensador de las independencias no fuese el primero en padecer de sus excesos posibles.

Al llegar aquí, el Rey descansó un poco, cogió una cereza, ó más bien rompió el hilo que la sostenía al alcance de su mano, y, al mismo tiempo que sabo-



reaba la pulpa jugosa y tibia, seguía con mirada un tanto melancólica la apasionada agitación de los que le escuchaban.

— Pero, repuso, hasta el Rey mismo se instruye. Acabo de hacer un viaje secreto durante el cual he aprendido mucho, así sobre el género humano como sobre sus deberes para con él. He visto gentes felices y libres cuya dicha estaba sujeta á la libertad por raíces tan profundas, que no puedo dudar de que haya sembrado dicha simiente en un terreno escogido. Me ha parecido que en torno mío había menos felicidad porque había menos libertad, y esto me basta para dictar una especie de abdicación...

Gritos le impidieron terminar :

— ¡No! ¡ Viva el Rey! decían las voces.  
¿ Abdicar? ¡ No queremos!

Pausole extendió la mano.

— Quedaré siendo vuestro jefe, ó mejor dicho, el árbitro escogido por vuestro consentimiento general para asegurar el mantenimiento de los derechos que son propiedad de todos, y nada cambiaré, por mi parte, á mis costumbres de existencia, reconocidas por mí necesarias á mi tranquilidad de espíritu. Pero levanto la sujeción relativa que pesaba sobre mis

familiares. Taxis, amigo mío, vuélvase á Francia, de donde nos vino usted como cuervo que sigue el viento de invierno. En lo sucesivo, mis mujeres y mi hija vivirán á su entoyo, según sus inclinaciones. Emancipo sus graciosas cabezas que la de usted hacía más seductoras por el contraste de su antipática fealdad.

Á estas palabras hubo en aquel público menos alegría quizá que enternecimiento, y, como niños que reciben regalos muy buenos sin atreverse á tocar á ellos todavía, las mujeres acudieron á aquel que tan bueno era para ellas, y, con la blanca Alina, le besaron fielmente las manos.

\* \* \*

Aquí termina la aventura extraordinaria del Rey Pausole, quien, para encontrar á su hija, llegó hasta andar siete kilómetros á lomo de mula, desde su palacio á su capital.

Esta historia habrá sido leída cua

convenía leerla, si se ha sabido, de  
pagina en página, no tomar nunca  
exactamente la Fantasía por el Ensueño,  
ni Trifema por Utopía, ni al Rey Pausole  
por el Ser perfecto.



## ÍNDICE





## ÍNDICE

### LIBRO PRIMERO

- I. — Cómo el Rey Pausole conoció por vez primera las vicisitudes de la existencia. . . . . 1
- II. — En el que son presentados el Rey Pausole, su harén, su Eunuco Mayor y el palacio del gobierno. . . . . 17
- III. — En donde se describe á la blanca Alina de pies á cabeza para que el lector deplora su fuga y la perdone al mismo tiempo. . . . . 25
- IV. — Cómo el Rey Pausole regresó á su palacio y lo que juzgó oportuno hacer. . . . . 32
- V. — Del consejo que celebró el rey con las mujeres de su harén y de la elección que supo hacer entre varios pareceres. . . . . 40
- VI. — Cómo Diana la copetuda y el Rey Pausole vieron entrar á alguien á quien no esperaban . . . . . 55
- VII. — El cual ha sido acertado, debido á las leyes vigentes. . . . . 67
- VIII. — En que Pausole examina revelaciones en una carta cuya importancia no se le ocultará al lector. . . . . 70
- IX. — En que Pausole se determina . . . . . 86

## LIBRO SEGUNDO

- I. — Cómo la blanca Alina vió bailar un baile, y lo que siguió. . . . . 97
- II. — En que Pausole no contento con haber tomado una resolución, se anima hasta el punto de ejecutarla. . . . . 107
- III. — Cómo el espejo de las ninfas se convirtió en el de las dos jóvenes. . . . . 116
- IV. — En que Pausole y sus consejeros manifiestan sus contrastes. . . . . 125
- V. — En que Mirabella pone de manifiesto su alma maliciosa y sentimental. . . . . 133
- VI. — En que Pausole y sus compañeros charlan de varias cosas y se paran ante una punta de alfiler. . . . . 146
- VII. — Cómo Gilillo, después de varias aventuras que merecían la horca, inventó una estratagema y dió con la blanca Alina . . . 160
- VIII. — En que la blanca Alina toma su « tub » á eso de las cuatro de la tarde. . . 182
- IX. — En que Pausole, habiendo sacudido la melancolía de la regla, experimenta los sinsabores de la fantasía. . . . . 190
- X. — Cómo llegó Gilillo hasta la blanca Alina, y lo que siguió. . . . . 198

## LIBRO TERCERO

- I. — Cómo el harén abandonado arboló el estandarte de la rebelión. . . . . 215
- II. — En que está en escena el señor Lebirbe, y en que Filis arroja un grito. . . . . 223

- III. — En que se descubre un crimen horrible. 228
- IV. — Cómo se presentó Gilillo al Rey, y qué palabras fueron pronunciadas en pro y en contra de su buena causa. . . . . 236
- V. — En que cada uno es tratado según sus virtudes. . . . . 244
- VI. — En que el señor Lebirbe y el Rey Pausole notan con sorpresa que no se entienden sobre todos los puntos. . . . . 249
- VII. — En donde se hacen relatos de viaje acerca de un país bien singular. . . . . 264
- VIII. — Cómo Taxis pretendió seguir el ejemplo de la hermosa Tirreta. . . . . 276
- IX. — Cómo comprendía Gilillo los deberes de la hospitalidad á la antigua. . . . . 285
- X. — En que Gilillo recibe de la Sta Lebirbe una proposición que en seguida le sonríe. 297
- XI. — Cómo los proyectos de Pausole y los deseos de Diana la copetuda concordaban exactamente. . . . . 313

## LIBRO CUARTO

- I. — Cómo Diana la Copetuda explicó su ensueño y Tirreta sus ambiciones. . . . . 323
- II. — Cómo Filis encontró marido. . . . . 335
- III. — En que Filis charla, escucha y se instruye. . . . . 337
- IV. — Cómo Taxis supo por fin la verdad sobre todo el asunto. . . . . 349
- V. — Cómo el Rey Pausole fué recibido por el pueblo de Trifema. . . . . 354
- VI. — Del paseo que dió Pausole por su capital. 372



---

VII. — En que el lector vuelve á hallar felizmente á las heroínas de esta historia.	382
VIII. — En que los acontecimientos se precipitan.	391
IX. — En que también Gilillo se vuelve enamorado.	407
X. — En que se presiente el final.	418
Epílogo	420







